

todavía patentes. Aunque es ésta una posibilidad bien remota, debido a otras razones que no caben dentro de las posibilidades de estas líneas, hemos creído útil señalarla, recordando al mismo tiempo que se han encontrado asociados a restos óseos del Paleolítico Superior implementos Musterienses del tipo usado por el Neandertal más próximo a nosotros.

Es evidente que todavía quedan muchos problemas que resolver dentro del campo general de la Paleoantropología y del particular del grupo Neandertal. No obstante, la situación se diferencia mucho de la que prevalecía en 1877, cuando, en ocasión de otorgársele en la Universidad de Cambridge un grado honorífico a Charles Darwin, veintiún años ya después del descubrimiento de Neandertal, todavía, en el momento de la ceremonia, y entre gran algazara, algunos estudiantes extendieron cuerdas de una galería a la otra, en las que inmediatamente después se balanceaba primero un mono, y luego

un gran aro con lazos simbolizando el eslabón perdido.

El doctor J. C. Trevor de la misma Universidad suele definir la Antropología, en charlas informales, como "el estudio del hombre... que abraza, desde luego, a la mujer", yo añadiría, "y a todas las formas relacionadas", quedando implícito que el Hombre de Neandertal queda dentro de dicho abrazo. Los hallazgos de 1856 han contribuido enormemente a avanzar en el conocimiento de las ramas que constituyen la filogenia humana, y si las palabras de Marcellin Boule con las que cierra su monumental memoria sobre el Hombre Neandertal de La Chapelle-aux-Saints: "Esto es lo que sabemos hoy sin apartarnos de la ciencia positiva. Es poco en comparación a lo que todavía nos queda por aprender. Es, sin embargo, bastante en relación a lo que antes desconocíamos, o a lo que sabíamos mal", eran al caso en 1912, lo son mucho más todavía hoy.

CON FRANCISCA SANCHEZ

¡QUÉ humilde es la aldea donde vive Francisca Sánchez! Al pie de una de las más bravas sierras de España, veinte, treinta, cuarenta casas tal vez, se agrupan en lo alto de la ladera del monte. Para llegar allí, desde Avila, hay que pasar por pueblos de nombres extraordinarios como sólo los tiene Castilla: Solosancho, La Hija de Dios; hay que coronar un puerto, desde el que de pronto, en los días azules, se divisa la blanca mole de Gredos; hay que llevar el coche por caminos en los que más que el zéjel o el melisma del arabesco, suena el pie de romance y el canto llano medioeval. Se cruza sobre el Adaja, ese río familiar de Santa Teresa, tan puro y cristalino. Se pasa por El Salobral, frontero de Avila, y en donde los campesinos de España conocen la historia de Francisca y de Rubén, como los payeses de Valldemosa, en Mallorca, la de Jorge Sand y la del dulce y desgarrado Chopin de los nocturnos.

En Navalsáuz, un automóvil constituye un insólito espectáculo. Hasta allá arriba, únicamente suelen subir los carros, las carretas o las caballerías. Pero ¡cuánta cortesía en sus moradores!

—Sí, sí, Francisca Sánchez... Nosotros les acompañaremos.

Ya en la casa, a quien primero vimos fue a una niña de siete u ocho años, hija de Carmen Villacastín Sánchez y, por tanto, nieta de Francisca. Sobre una mesa, en el recibidor, apenas traspasado el umbral, reparamos en la fotografía hecha en París de una joven maravillosa: la hermana de Francisca, la que entre 1910 y 1914 vivió varias temporadas bajo el mismo techo que Francisca y Rubén. A la derecha del recibidor, una amplia cocina de campo abría su intimidad hogareña al visitante. Al rato, saludábamos a la propia Francisca que, sencilla, modesta, delgada, vestía un hábito de la Virgen del Carmen.

—¡Somos unos viejos amigos suyos— le dijimos — que sólo hemos venido por conocerla y abrazarla!

Por Antonio OLIVER BELMAS

Francisca conmovida desde el primer instante por la sorpresa, repetía como esas viejas de Azorín:

—¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío! ¡Verme a mí! ¡Venir a verme a mí! Y, de cuando en cuando, se le escapaba un sollozo contenido.



Francisca Sánchez, con Carmen Conde y Antonio Oliver

Francisca, casi frizando los ochenta, erigida todavía sin embargo, muestra en la frente las largas y profundas besanas del tiempo. Cuando los humanos van pronto a ser tierra, sus caras se pueblan de surcos hondos y dolorosos. Pero, en estos seres, ya casi térreos, hay algo de generosidad y espíritu, que aunque parezca paradójico, la juventud no posee. Los jóvenes son árboles plenos y frondosos que resisten pujantes todas las furias de la naturaleza; los viejos, son troncos arrugados, ramas sin hojas, corazones próximos a disolverse en lo telúrico. Arbol frondoso era Francisca cuando Rubén la amó. Arbol que dió al poeta cuatro frutos, alguno como el primer Rubén Darío Sánchez —Phocás el Campesino— que duerme eternamente en el breve cementerio de Navalsáuz; alguno, como el segundo Rubén Darío que muere en México de 42 años y cuyos retratos de adolescentes, con largas y afiladas manos, adornan por todas partes las paredes de la casa; otros, como

Carmen y Angelita, muertas las dos bien niñas: la primera y primogénita nacida en España; Angelita abierta apenas unas albas, en París. Arbol frondoso era Francisca, tronco de juventud ceñido y apetecible, cuando se modelaba como arcilla con el mantón de Manila para quizá motivar directamente el "Elogio de la Seguidilla" del gran poeta hispánico. Arbol frondoso y jugoso, cuando en París se retrató con un Rubén Darío treintañero, de pulida barba, al contrario de los existencialistas de hoy.

A este árbol entonces exuberante, ahora sopló casi, presto a disolverse en el viento, la escuchamos, en esa tarde inolvidable del 13 de mayo de 1956, hablar emocionadamente de su pasado. Ella nos mostró sus más queridas reliquias íntimas. Ella nos dijo cómo Rubén trabajaba preferentemente en la larga noche, en vigilia dura y solitaria, sin excitantes alcohólicos ni paraísos artificiales, en parto mental a veces ungido de dolor y a veces feliz. Ella es la que nos dijo con ternura amorosa: ¡Rubén! Rubén era como un niño.

Cuando vimos las fotografías más queridas, cuando contemplamos respetuosamente silenciosos los autógrafos del poeta, en el momento en el cual se extinguía la luz de la tarde, a mis instancias, Carmen Conde leyó los versos del inmortal nicaragüense titulados "A Francisca", que el poeta escribió ya en trance de la definitiva separación, al regresar para siempre a América. Sonaban como en una impresionante letanía los

"Francisca Sánchez, acompáñame!"

que todos escuchamos con sobrecogimiento.

Francisca lloró largamente. Lloramos todos con ella, desde la autora de "Mujer sin Edén", hasta Carlos Lozano, el discípulo de Arturo Torres Ríosco; desde Norma Parchment, la jamaquina universitaria en Madrid hasta Antonio Figares, el buen granadino. Y, claro está, hasta Carmen Villacastín, tan fiel a su madre en todo. Como en el Poema de Rubén, se encendió la noche a esta lectura.

—Volveremos, Francisca, ¡Volveremos!, le advertimos con el abrazo de despedida.

Frente a la puerta de la casa, casi rozando el monte, cuando salimos brillaba Venus en el cielo desnudo y puro como un inmenso diamante.

Carmen Villacastín, portando una luz, nos alumbró, como en un culto milenar, por la única calleja de la aldea, hasta el lugar donde el coche nos esperaba. Así la vimos todavía, rodeada de los expectantes niños del pueblo, como en un friso clásico, cuando empezamos a descender de la sierra en retorno a Madrid. Casi ninguno hablaba. Silenciosamente, con esta visita inolvidable, se había coronado un cursillo "Poesía del Modernismo" explicado por mí en la Facultad de Filosofía y Letras, en el curso 1955-56. Se había cumplido un rito y, además, habíamos bebido en la linfa misma de la biografía del poeta.

—¡Oh, sí! Volveremos; ¡volveremos a Navalsáuz!, nos prometimos todos en silencio. Con éstos o con otros amigos, yo también sé que volveré.